



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

- Título de la obra: La Generación del 98 y la idea de España
- Autor: Reguera, Isidro
- Forma sugerida de citar: Reguera, I. (1998). La Generación del 98 y la idea de España. *Cuadernos Americanos*, 6(72), 133-139.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XII, Núm. 72, (noviembre-diciembre de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## La Generación del 98 y la idea de España

Por *Isidoro* REGUERA  
*Centro Extremeño de Estudios  
y Cooperación con Iberoamérica (CEXECI)*

**P**ARECE QUE EN MOMENTOS HISTÓRICOS como el presente, cien años después del llamado “desastre”, de mestizaje y pluralidad de culturas, en un mundo posmoderno, ecléctico, sin unitarismos en nada (verdades, dioses, historias, etc.), en el que los nacionalismos, además, van unidos en realidad a intereses económicos o sociales más bien que a los culturales, éste es un tema hasta anacrónico, cuyo mayor interés, en tal caso, es la curiosidad histórica de perseguir, entre estos rastros o ruinas del pasado, la carga conceptual que pueda tener un término de uso tan ambiguo como *España*, que se utiliza con demasiada pompa, sensiblería o cinismo la mayoría de las veces, casi nunca con duda o conciencia metódica, para justificar —en el absurdo que supone un concepto vacío— casi cualquier cosa y en cualquier sentido, hablando de política, de sociedad, de cultura. Es difícil entender, creo, que se buscara *una* “identidad nacional” o un “sentido de lo patrio”, a estas alturas, fundándolos en una cultura y un idioma concretos, en un imaginario mítico de un pasado heroico histórico en común, rebuscando en el “alma del pueblo”, en la “intrahistoria”, encerrado en definitiva en uno mismo, profundizando en un supuesto submundo de oscuros sentimientos raciales personales, de vaguedades estetizantes, ayudándose de una interpretación siempre parcial e inevitablemente interesada de la historia. En ese sentido de simplemente rastrear un campo conceptual, en el que juegan muchos términos que hoy ya no representan nada en nuestra concepción del mundo (como los anteriores entrecomillados), y no en el de recuperar doctrina o presentarla ante ustedes, voy a hablar libremente del tema del título.

La derrota del 98 produjo dos movimientos de signos diferentes frente al “problema de España”. Uno optimista, luchador, realista, clarividente, moderno, que trató —al menos teóricamente,

como digo— de regenerar España de dos modos claros, más allá de toda melancolía espiritual y regodeo en la decadencia: afrontando científicamente, con programas pragmáticos precisos, la resolución de los problemas nacionales concretos, a través de la reforma de la enseñanza y de la difusión de la cultura en campañas de educación popular. Es el regeneracionismo de Macías Picavea (*El problema nacional*, 1899), de Luis Morote (*La moral de la derrota*, 1900), de Rafael Altamira (*Psicología del pueblo español*, 1902), de Joaquín Costa, sobre todo (*Reconstitución y europeización de España*, 1900, *Oligarquismo y caciquismo*, 1901). En cierto sentido, el comentario de estos personajes y libros, de esta mirada certera, económico-sociocultural, a la realidad española, haría más honor al título de esta conferencia, que el de la otra, la de quienes se embarcaron en una aventura melancólica, histórico-nacionalista.

Pero estos últimos son más famosos y a ellos se refiere más bien ese rótulo ambiguo y controvertido de “Generación del 98”. Son los representantes de esa otra corriente, pesimista, estetizante, melancólica, como digo; gentes que comenzaron de jóvenes en la dureza del compromiso real más o menos regeneracionista, o socialista, en el sentido dicho, y acabaron extrapolando sus angustias metafísicas por el dios o el paraíso perdido a la realidad y a la historia de España, a la Cuba y Filipinas perdidas, como últimos reductos de aquel gloriosísimo imperio colonial en el cual hubo tiempos —los de la inmensa grandeza de la modélica España imperial: el paradigma de “España”— en los que no se ponía el sol. Interpretan España en un proceso histórico de decadencia desde aquella época, o mejor aún, desde los tiempos heroicos de la reconquista y de la unificación; en sus hijos ven (no sin cierto orgullo a veces) una raza incapaz de adaptarse a la civilización moderna, seres indiferentes por el estudio, en los que predomina la retórica sobre el pensamiento, la pasión sobre la lógica, alucinados, místicos, estoicos, incultos, cuya bandera frente al positivismo científico moderno es, o ha de ser, la religiosidad, la caballerosidad, el honor, las virtudes del “genio” o del “espíritu nacional”.

Estas monsergas tópicas, de las que en su madurez casi se enorgullecen, como digo, eran trabas para el progreso español desde la perspectiva de su juventud. Porque, efectivamente, los primeros escritos periodísticos de Miguel de Unamuno, Azorín y Ramiro de Maeztu, por ejemplo, son proclamas contra la injusticia social, contienen ciertos análisis economicistas de la situación, o lo intentan al menos, una actitud crítica frente a la estructura socio-

política dominante, frente a la oligarquía, caciquismo, ideología burguesa, traslucen cierto compromiso personal con el socialismo y el comunismo, aunque nunca abandonen su índole liberal, su verdadera naturaleza política. Desde ese liberalismo sí puede decirse, con Inman Fox, que constituyen el primer grupo de intelectuales que asume con conciencia clara su papel rector en la vanguardia político-social española. Pero también, con Donald Shaw, que en el fondo se resistieron a aceptar de verdad su papel de avanzadilla intelectual desde la izquierda. Se amedrentaron ante las consecuencias de una fuerza auténticamente revolucionaria, bien por falta de preparación intelectual para ello o bien porque no se daban, o no les parecía que se dieran, las condiciones objetivas para la revolución. En 1930 escribía Azorín en *Pueblo*: "Aprendí que cuando no se tienen medios para hacer la revolución, todo lo que se haga es como orinarse en las paredes del Banco de España". Además, dependían económicamente, en este sentido, de publicaciones en periódicos conservadores, con los que siempre mantuvieron tensiones, pero a los que último término habían de someterse siempre en debido a sus imperiosidades vitales. Pertenecían a la clase media, su público era de la clase media, y son los valores de esa clase los que reflejan en definitiva sus obras. Fuera por lo que fuera, de hecho poco a poco fueron sublimando sus ideales revolucionarios, su crítica social y política, en lo abstracto, refugiándose en ideales, creencias y fuerzas espirituales, olvidando los problemas sociales concretos del país, amedrentados quizá ante los peligros de una lucha decidida por su solución. Seguramente su condición pequeño-burguesa, en general, les mantuvo en su interior en la cuerda floja, o en la tensión entre un regeneracionismo *light* especulativo, digamos, y un pesimismo social, racionalización de un ánimo pusilánime en principio y sublimado definitivamente en lo ideal.

Se inventan otra España frente a la España del desastre, recurriendo a símbolos y a mitos que trascendían la situación concreta, a oscuros sentimientos autocompasivos que no son en el fondo más que complacencia estetizante en el propio desastre: el de la pérdida de la fe, el de la difícil asunción de la muerte de Dios y de la pérdida del paraíso, que sus coetáneos europeos, con un papel generacional semejante al suyo, tenían mucho más claro (tanto en sentido objetivo como subjetivo, hay algo profundamente patético en la Generación del 98 —en Machado, en Azorín o en Unamuno, por ejemplo— asociado a la decadencia de España). El desastre lo

justifica todo, la crítica abstracta los justifica a ellos mismos. Y cuando buscan respuestas no crean sino un gran relato de “España”, más autolegitimador que emancipador, hecho con categorías abstractas y absolutas sobre el genio y el destino de España, que no son sino una trasposición de sus frustrados deseos personales de absoluto, una legitimación compensadora del peso vital escéptico ante la quiebra de los grandes valores. Pequeño-burgueses como eran, acabaron por pensar que el progreso que había fuera, en el extranjero, traería aquí la pérdida de los valores tradicionales de la España ensoñada. En último término, el progreso podría aceptarse, pero no los valores modernos que lo procuraban: de ahí el “que inventen ellos” de Unamuno. Y en nombre de un *Volksgeist* gratuito transfirieron la reorganización terrena de España a una salvación espiritual suya, como ya he repetido, con dosis de ideología provinciana en vez de con análisis realistas y con una óptica menos estrecha.

La crisis de ideales no era una crisis nacional e individual, era una crisis general de todo el Occidente. Hubieron de superar los efectos del 98, hubieron de aprender más los miembros de esa generación, para darse cuenta del alcance y del marco general de la crisis; con menos sentimentalismo autocompasivo y con una formación menos limitada, de la que ellos no fueron culpables desde luego, seguramente no hubieran idealizado la decadencia española. Hubieran enmarcado su crisis, como los coetáneos vieneses por ejemplo (inmersos entonces en vicisitudes un tanto paralelas, que darían al traste veinte años después con el imperio austro-húngaro y con el viejísimo poder de la casa habsbúrgica, la misma que había reinado en España precisamente en los tiempos idealizados), en categorías más profundas y universalistas, de mayor proyección futura, cuyo universo espiritual y experimentos de modernidad todavía pervivirían en nosotros, como los de los vieneses de que hablamos, en este nuevo fin de siglo.<sup>1</sup> No sería aque-

<sup>1</sup> Bien es verdad que también hubo gentes en aquella Viena de fin de siglo que en lugar de mirar al futuro se refugiaron, de modo parecido a la Generación del 98 entre nosotros, en el ideal del “mito habsbúrgico”, en una imagen idealizada de Austria que retrotraían no sólo hasta el esplendor de la época barroca, sino hasta los tiempos del Sacro Imperio Romano Germánico cuando era preciso. Hofmannsthal, Widgan o Schaukal, por ejemplo, retomaron el mito de la “idea austriaca” como modelo cultural y político —conservador, por supuesto, con el Estado como instancia moral rectora—, utilizándolo como defensa frente al pensamiento racional ilustrado del capitalismo y del liberalismo modernos, consiguiendo con ello que sus críticas, bienpensadas y hasta necesarias, perdieran todo su interés y sentido en la perspectiva del siglo xx. Pero éste no es nuestro tema.

lla España, quizá, el escenario donde se ensayaban, con palabras mayores, “los últimos días de la humanidad”, como creía Karl Kraus de Viena; no fue en España aquella época estocástica, azarosa, desde luego, un anticipo del apocalipsis universal (aunque se tratara del “alegre” de Hermann Broch), como creyeron otros de Austria; pero tampoco era cuestión sólo del problema de la decadencia de España, de su Imperio, o de los Habsburgo, aislado de cualquier contexto. Era la época del ocaso y declive definitivo de un modelo de ser humano aferrado a certezas e ideales absolutos, tanto en la forma religiosa antigua como en la máscara lógica con que la modernidad iluminada los recubrió creyendo que los destruía. Fue el momento de conciencia de que el hombre, al parecer, ha de vivir y morir fuera de cualquier paraíso, lejos de cualquier ilusión, mundana o ultramundana, sin edulcorar su origen o su fin sólo por soportar un presente, que de todos modos, porque es la realidad, se le impone.

El “problema de España” es su “sentimiento” del problema de España; en él subliman, efectivamente, sus propios problemas, dándoles una categoría épico-dramática de gran tragedia o de gran ópera al enmarcarlos en un determinismo histórico y cultural frente al que se sienten inermes e inocentes, como marionetas ante el destino, regodeándose en la conciencia de desamparo (el típico mecanismo de la catarsis). Más que plantearse problemas concretos españoles, sienten a España como problema, su pasado, su presente, su futuro, el sentido de su historia, dice certeramente Dolores Franco. Convierten así a “España” en un concepto abstracto y hacen de él un problema estético y un motivo literario; otra cosa no se puede hacer con conceptos como éste, sin mayor contenido real, que realmente no significan nada, ni con ellos hay por dónde empezar un discurso atenido a la realidad y a sus problemas. Claro que tampoco la historiografía española de la época, llena de veleidades sentimentales y voluntarismo en sus juicios, les ayudaba mucho conceptualmente. No tenían puntos de referencia mayores que sus propios sentimientos ante el *shock* del desastre. Machado, en un artículo de 1912, recuerda al pueblo español del 98 como una persona que recibe un garrotazo, pierde el sentido y al recobrarse pregunta: “¿dónde estoy?”. Esta metáfora describe perfectamente la situación de despiste, de desorientación total en que vivían, sobre todo tras el desastre. Quedan paralizados en su autocompasión, sin recursos para entender nada. Si la meliflua filosofía krausista que importó el bueno de Julián Sanz del Río

(¿no encontró otra cosa en aquella Alemania genial de la época?) aminoró en los sesenta y parte de los setenta el malestar intelectual y espiritual que dejaba en ciertos espíritus sensibles (Larra, el mayor de ellos entre nosotros) una época de ansiedades y angustias, de dudas y sospechas, como la del romanticismo, destructor del mundo ordenado por la modernidad y de los valores que estabilizaban la vida social e individual desde el siglo pasado,<sup>2</sup> la aparición de la sensatez pero desamparo del positivismo, y sobre todo del pesimismo sistemático schopenhaueriano, liquidó esos consuelos superferolíticos del camino a lo absoluto o de la síntesis infinita de la humanidad de Krause, dejando en la década de los ochenta (la de las inquietudes juveniles de los miembros de la Generación del 98) un desorden ideológico total, un desamparo absoluto en el orden conceptual. En este marco se formaron ellos y a un afán de conceptualización de lo que ya era un desastre espiritual antes del gran desastre político responden los libros que quisieron desarrollar —unos más sistemáticamente que otros— una idea de España: *España filosófica contemporánea* (1889, no publicado hasta 1930) de Ángel Ganivet,<sup>3</sup> *En torno al casticismo* (1895) de Miguel de Unamuno, *Idearium español* (1897) del mis-

<sup>2</sup> Del mismo modo que cincuenta años después el raciovitalismo de Ortega supuso un consenso para una minoría intelectual joven: una alternativa tanto frente al escepticismo en que había caído la Generación del 98, como frente al dogmatismo de la Iglesia. El historicismo, pragmatismo, relativismo del raciovitalismo ofreció una alternativa a la desesperanza y al despiste fundamental —en la concepción del mundo y en los valores— de los años veinte y treinta de este siglo. Pero eran categorías demasiado estrechas para los del 98: ¡aceptarlas era aceptar todavía la pérdida de lo absoluto, abandonar la búsqueda de criterios absolutos de sentido, de seguridad, de normas universales de acción, en la que los miembros del 98 devinieron, curiosa pero comprensiblemente, escépticos!

<sup>3</sup> En este escrito, que fue en su origen una tesis doctoral rechazada, sustituida exitosamente ese mismo año de 1889 por otra sobre “La importancia de la lengua sánscrita” (!) se encuentran ya los criterios fundamentales desde los que se planteó en la generación la cuestión de España. El problema español es una cuestión de mentalidad nacional, de crisis de conciencia, un problema espiritual más que político o económico. Hay que redescubrir las “verdades eternas de la eterna esencia” de lo español, como luego diría Unamuno, valores absolutos como la “tradicción eterna”, el “espíritu nacional”. Lo que falta es una “idea directiva”, una “idea madre”, un proyecto nacional unificador, un salvador, una élite rectora, de redentores, que los “mejores” dirijan a las “masas” y que todo ello ilusione al país y lo saque de la abulia en que está postrado. Un sistema educativo planificado y maestros que ejerzan en él de “policías morales”, de modo que se implante una unidad ideológica en la nación. La primacía la tienen metas abstractas para la regeneración espiritual de España, en lugar de aspiraciones colectivas concretas por su bienestar material, por ejemplo.



mo Ganivet, *Hacia otra España*<sup>4</sup> (1899) de Ramiro de Maeztu. En estos libros y en *Campos de Castilla* (1912) de Antonio Machado o en *Castilla* (1912) de Azorín, pasando por *La España invertebrada* (1921) de Ortega hasta la desmesura<sup>5</sup> final de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad* (1934) —en cuya estela, en la conciencia nacionalcatolicista antiliberal que contribuyó a construir, ve Morodo “los orígenes ideológicos del franquismo”—, habría que rastrear la idea de España de la Generación del 98, que he dado por supuesta en este escrito, en que me he limitado a hacer una valoración global desde mi punto de vista, recogiendo en él otros de los estudiosos que aparecen en la bibliografía. Exponer los avatares de esta historia es tarea de una exposición mucho más amplia.

#### BIBLIOGRAFÍA<sup>6</sup>

- Figuro, Javier, *La España de la rabia y de la idea*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997.
- Fox, Inman, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Lain Entralgo, Pedro, *La Generación del 98*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- Morodo, Raúl, *Los orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid, Alianza, 1985.
- Morón Arroyo, Ciriaco, *El “alma de España”. Cien años de inseguridad*, Oviedo, Nobel, 1996.
- Oliver, Miquel S., *La literatura del desastre*, Barcelona, Península, 1974.
- Shaw, Donald, *La Generación del 98*, Madrid, Cátedra, 1989.

<sup>4</sup> Este libro, por sus características, también podría incluirse en la lista que dimos antes de los trabajos regeneracionistas.

<sup>5</sup> El concepto de “Hispanidad” de Maeztu no es, en cierto sentido, más que una evolución hiperbólica del españolismo primero suyo y de sus compañeros de generación.

<sup>6</sup> Esta bibliografía secundaria es la que resulta de especial interés entre la consultada, y a la cual, sin citarla expresamente, deben casi todas estas páginas.